

REFERENCIAS

1

Entre los colombianos se halla bastante generalizada la creencia de que nuestras Academias —particularmente las de la Historia y la Lengua— son cenáculos remolones donde al atardecer de ciertos días se congregan unas buenas gentes pasadas de edad a hacer reminiscencias personales que a nadie —fuera de ellas— interesan. La versión popular de estas instituciones no es, por lo mismo, muy estimulante que digamos. Y aún se llega a afirmar, como verdad sabida pero sin la buena fe guardada, que en esos cerrados recintos no hace jamás su aparición una idea nueva, ni se expresa un sentimiento de inconformidad con lo tradicional y manido, ni se trenza nunca una discusión sobre asuntos que de verdad importen a la cultura. De espaldas a la realidad nacional y a su hispida problemática, las academias, según el decir callejero, limitan su esfuerzo a defender de inexistentes enemigos un cuerpo de principios y doctrinas en que por lo general todos se hallan de acuerdo. Y así, ensimismados en esa tarea y en ese lisonjero ambiente, los académicos de aquí y de allá pasan por ser los hombres más apacibles y sosegados del planeta, y a quienes nada conturba o conmueve ya en materias intelectuales.

La realidad, sin embargo, es enteramente distinta. Un académico, si de verdad hace honor a su condición, es el ser espiritualmente más inquieto que sea dable imaginar. La circunstancia de haber superado esa etapa de los fáciles deslumbramientos que precede al auténtico conocimiento —“sorprenderse, extrañarse, es comenzar a entender”, decía Ortega—, les proporciona aquella severidad de juicio que los hace invulnerables al resplandor de las llamadas cosas nuevas, que no suelen ser, en sustancia, más que las mismas cosas viejas desnaturalizadas por la absoluta ignorancia que de ellas se tiene. Esto es particularmente cierto en relación con la literatura y, sobre todo, con el empleo y uso del idioma. Los ISMOS de que periódicamente se resienten las actividades inte-

lectuales en Colombia carecen, por lo mismo, de eco en esas corporaciones, instituidas sobre todo para defender, cuidar y preservar de posibles mistificaciones el patrimonio consolidado de la cultura, haciéndose cargo de aquellos valores tradicionales que por haber pasado ya todas las pruebas han sido incorporados en forma definitiva al acervo espiritual de la nación.

No se trata de que las academias ignoren deliberada y maliciosamente las manifestaciones intelectuales de última hora —que bien pueden llegar a ser con el tiempo altísimas expresiones del genio creador—, sino que esa no es precisamente su misión específica, ni podría serlo, ya que si hay algo sobre lo cual no puede ejercerse ningún control, ni legislarse en ningún sentido, es cabalmente sobre aquello que se encuentra en estado embrionario, o en los primeros pasos de su desarrollo, sin una definición todavía de su naturaleza o de sus verdaderos alcances. Así, por ejemplo, cuando una nueva forma literaria irrumpe en el campo de la creación estética, o cuando un principio científico inicia su proceso de experimentación, o surge a la controversia pública por primera vez una tesis social cualquiera, el hecho, de indiscutible importancia en sí mismo, no reúne aún las condiciones necesarias para ser levantado a un plano académico. Mientras esto no ocurra, es natural que se advierta una especie de divorcio entre esas incipientes formas intelectuales y las mentadas academias. Si éstas se plegaran de inmediato a cada novedad o a cada genialidad, por deslumbrante y seria que parezca, no solo quedaría desamparada la tradición cultural del país —y todo país que se respete la tiene y la ampara— sino que estimularían con su complicidad la más absurda proliferación de medianías intelectuales. La severidad con que juzgan muchos ISMOS de dudosa estirpe es casi siempre una medida de alta asepsia que previene a tiempo el contagio y las epidemias.

Pero también es cierto que la actividad cultural requiere, como elemento insustituible de progreso, un ambiente de libertad y de sana emulación. Porque solo en la medida en que se disfrute de esa libertad para la expresión de las ideas se puede establecer de modo exacto y preciso si ellas corresponden a alguna realidad cultural y si son en verdad normativas de una conducta considerada loable. Para llegar a esa definición es preciso, primero, realizar el proceso de confrontaciones que caracteriza el debate, y que no es sino la operación intelectual que sirve para probar la naturaleza y la solidez de una argumentación. Así ha sido desde los primeros días del mundo y no parece posible el hallazgo de un medio capaz de sustituir con ventaja esa antiquísima práctica. Porque

donde quiera que haya una contraposición ideológica activa habrá controversia. Es el procedimiento más idóneo para organizar jerárquicamente las ideas, estableciendo entre ellas las debidas prioridades.

Y por tratarse precisamente de ideas, y por requerir estas para su libre expresión un ambiente de serenidad absoluta, las Academias vienen a ser, tal vez, el medio más indicado para esta clase de ejercicios intelectuales. La gente no cree que allí, en esos recintos aparentemente fríos y también aparentemente reaccionarios, se susciten polémicas de tal énfasis que solo la habitual honestidad mental y personal de los protagonistas impide que degeneren en auténticos aquelarres. Dentro de la mayor compostura y respeto mutuo los señores académicos suelen empeñarse en debates verdaderamente picudos, de esos en que se juega entero el prestigio de una doctrina o, al menos, la supremacía y validez de una tesis. Los académicos, desde el punto de vista ideológico y temperamental, son lo menos homogéneo que existe, y de ahí la frecuencia con que apuntan entre ellos las discrepancias. Esto elimina toda posibilidad de monotonía en sus reuniones, muchas de las cuales constituyen admirables espectáculos de viveza y de fina audacia intelectual.

Las páginas que sobre interpretación histórica publica en este número del Boletín el académico presbítero RAFAEL GOMEZ HOYOS recogen aspectos de una réplica a las críticas hechas por su colega JUAN FRIEDE sobre la manera de escribir la historia en Colombia, y de las cuales se insertó ya en pasada edición un resumen completo. En estos textos —el de FRIEDE y el de GOMEZ HOYOS— no encontrarán los lectores sino la sustancia de ese debate, el tuétano, como si dijéramos, de la cuestión. Pero lo que en ellos no aparece es el ardor, la audacia y la gracia con que fue tratado el tema en esa Academia, durante varias sesiones y con participación de no pocos aguerridos combatientes, y esto es en verdad una lástima.

El lector dirá, en relación con ellos, cuál de los dos puntos de vista es, en su concepto, el que se ajusta mejor a las exigencias críticas de una verdadera investigación histórica.

2

NESTOR MADRID-MALO no parece tener sosiego en sus tareas intelectuales, que como a todo hombre de auténtica vocación le demandan tiempo, trabajo y constancia. Su versatilidad en estos empeños lo ha llevado a recorrer los más diversos caminos, casi siempre con for-

tuna como lo demuestran las obras que ya tiene publicadas. Y como lo atestiguan también los cargos que ha desempeñado. Poeta, escritor, autor teatral, novelista inédito, historiador, crítico, ensayista político y literario, abogado experto en asuntos laborales, catedrático universitario, traductor, diplomático en receso y ex-gobernador departamental, en todas estas actividades y menesteres ha puesto de manifiesto talentos y virtudes muy encomiables. Su inquietud lo lleva ahora a emprender un trabajo de investigación sobre la literatura colombiana, con miras un tanto ambiciosas pero que seguramente alcanzará en breve tiempo. Se trata de un Diccionario de las letras colombianas en el cual aspira el autor a recoger los hechos y nombres que de alguna manera han influido en este aspecto de nuestra actividad cultural. En la medida en que avance ese trabajo se irá publicando por entregas en el Boletín, tal como se ha hecho en los dos números inmediatamente anteriores.

3

Concluye en la presente entrega del Boletín Cultural y Bibliográfico la reproducción completa de la magistral obra "Mapoteca Colombiana", de don EZEQUIEL URICOECHEA. Queda así cumplido el antiguo deseo que teníamos de rescatar del olvido un trabajo que constituyó en su hora un prodigio de erudición, laboriosidad y esfuerzo, y que todavía hoy, a pesar de los avances logrados en este género de investigaciones, representa el aporte más sustantivo y valioso que se haya hecho por un americano al estudio de la cartografía del Continente.

4

"Los Piratas en Cartagena" es, tal vez, la obra de mayor importancia entre las escritas por doña SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER en ese difícil y peligroso género de las narraciones histórico-novelescas. Su reproducción en el Boletín dará oportunidad a los lectores de juzgar por sí mismos sobre la calidad de tal pieza. Dada su extensión, en este número aparecerán tan solo los dos primeros Cuadros. Los restantes se insertarán en entregas posteriores. Para un mejor conocimiento de la personalidad de la ilustre colombiana, se publica, así mismo, el ensayo biográfico del doctor GUSTAVO OTERO MUÑOZ.